La visita

Miguel Cases

La visita

Miguel Cases

avant
editorial

Primera edición, abril de 2025
© Miguel Cases, 2025

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-87532-94-9
THEMA: FXL - FB - FBA
DEPÓSITO LEGAL: M-10429-2025

A todos aquellos/as que inocentemente piensan
que la justicia siempre llega. Pocas veces es así.
La Historia de la Humanidad está llena
de ejemplos de todo lo contrario;
al menos en este mundo,
en el otro nunca lo sabremos,
hasta que recorramos el camino
hacia nuestro destino final.

LA VISITA

Eran las doce del mediodía, del jueves 1 de agosto del 2024, el verano suizo se mantenía bastante soportable, en comparación con el sur de Europa.

Allí, los naturales de sus países más temerarios y decenas de millones de turistas muy atrevidos, se cocían literalmente en playas, que semejaban auténticos hormigueros humanos. Sorteaban las medusas como podían, curándose sus picaduras y las quemadas del sol con cremas de farmacias, las cuales solían estar siempre abarrotadas.

Muchos de ellos tenían un auténtico afán de consumir alcohol barato, y convertir las calles de los pueblos y ciudades de la costa en discotecas nocturnas. Como si el haber pagado por un piso turístico, camping u hotel, les diese derecho a no dejar descansar a nadie.

También, de paso, degustaban toda clase de comidas basura, que los chiringuitos y bares de playa les ofrecían. Con el fin de elevar su colesterol y reservas de grasa corporal a niveles récord.

En las ciudades del interior, las temperaturas al sol podían llegar a sesenta grados. Por tanto, si hacían turismo cultural, su salud corría un grave riesgo. Era mucho mejor quedarse en las piscinas de los hoteles, tomando refrescos, cócteles, o encerrarse dentro de sus habitaciones para disfrutar del sexo y el aire acondicionado.

Yo me llamo David, y soy el hijo menor de mi madre, Astrid es mi mujer, con la que he tenido dos hijas, Isthar y Judith. Elena es mi cuñada, hermana gemela de mi pareja. Esta era entonces toda mi familia suiza.

Hacía casi veintiocho años del fallecimiento por cáncer de mi padre en Balaguer. Mi madre, después de una temporada viviendo en Manresa, fue expulsada del piso que habitaba, por el capricho de una nieta malcriada, un hijo y una nuera. Entonces le ofrecimos venir a vivir con nosotros, cerca de Zurich; en una casita de invitados de tres habitaciones, que le construimos, justo al lado de la nuestra. Con todas las comodidades que pudiese desear, acondicionada expresamente para ella, y acompañada casi siempre por Iris, su cuidadora, una catalana rubia muy atractiva, nacida en el Rosellón francés, la cual localizamos vía internet. La casa también la utilizó Amparo, nuestra cocinera colombiana; por las noches y durante el invierno también la usaba Bobi, nuestra mascota.

Cuando mi madre murió, estábamos tan satisfechos con la francesa, que decidimos conservarla; en adelante nos haría de jardinera, conductora y también

de ayudante de cocina. Sobre todo, cuando teníamos invitados, como era el caso de aquel día. Así en la práctica, tanto ella como Amparo se convirtieron en dos miembros más de nuestro núcleo familiar.

Iris nos lo agradeció profundamente; también se dio cuenta que a pesar de tener casi cincuenta años, aparentaba tener veinticinco menos y se enamoró de nuestra mansión y entorno familiar. Aunque más tarde, nos dimos cuenta que había otro factor, que ella tenía muy en cuenta, y al menos a mí siempre se me pasó por alto.

Todos juntos, conformamos un maravilloso núcleo afectivo, que siempre cuidó a mi progenitora con mucho cariño y afecto. Como nunca había sido tratada, en su dura vida de miserias y privaciones, por ello solía decirnos, que «éramos lo mejor que le había pasado nunca».

Cuando mi madre vino a vivir con nosotros a principios de siglo, con setenta y cinco años, estaba muy envejecida y todo hacía prever un desenlace rápido y fatal. Astrid, con sus tratamientos médicos, consiguió rejuvenecerla extraordinariamente, y alargar su vida veinticuatro años más. Se ocupó de su artrosis, aumentándole extraordinariamente los cartílagos y colágeno de sus huesos. Le operó las dos piernas, quitándole las prótesis de rótula, bastante deficientes, que le había implantado la Seguridad Social española. Sustituyéndolas por otras, fabricadas expresamente a medida para ella, ligeras, resistentes, muchísimo mejores, que nunca le dieron ningún tipo de dolor o problema.

Su recuperación y la cicatrización de las heridas, aplicándose una crema que le proporcionaba Astrid, fue rapidísima, de manera que al cabo de una semana dobló perfectamente las dos rodillas, como cualquier persona sana. Al cabo de dieciocho días, con las heridas completamente cerradas, pudo andar sin necesidad de caminador, bastón o muleta, que fueron a parar al desván de la finca. Posteriormente, la sometió a un régimen, que le hizo perder 35 kg en seis meses, sin pasar nada de hambre. Con otra operación, y posterior tratamiento dermatológico, le eliminó las arrugas y manchas de la cara.

Mi madre recuperó el gusto por la vida, el buen humor, y pasó a aparentar muchísimos años menos. Cada día, exceptuando los del frío invierno, paseaba una hora y media por la finca, y durante el buen tiempo le gustaba tomar infusiones, cómodamente sentada delante de una mesa de jardín, contemplando nuestras plantas y flores, siempre acompañada por algunos de nosotros o Iris. Aquello fue un auténtico milagro, y es que Astrid, mi mujer, no era una médico normal, su ciencia y saber sencillamente no eran de este mundo.

Sin embargo, aunque su calidad de vida mejoró muchísimo, el daño interior estaba hecho, y el intenso desgaste de sus órganos, sobre todo del corazón, no le permitieron llegar a centenaria, falleciendo unos días atrás.

Mi pareja y su gemela, Elena, no nacieron en la Tierra, y pese a su aspecto exterior, de mujeres jóvenes, tenían más de cuatro mil años. No eran inmortales, pero sus conocimientos en todos los campos de la ciencia y aquello que eran capaces de hacer, les convirtieron prácticamente en semidiosas.

Yo con sesenta y nueve años, aparentaba estar en la veintena y si no me sucede ninguna desgracia, sé que podré vivir milenios, seguramente igual que mis hijas, mujer y cuñada.

En muchas épocas de la historia nos hubiesen quemado a todos en una hoguera. Ahora solo nos encerrarían en alguna celda, y a continuación nos estudiarían como ratas de laboratorio. Afortunadamente, tenemos multitud de recursos para evitar que esto pase.

El lugar donde residíamos era absolutamente paradisíaco, una enorme finca de treinta y cinco hectáreas, llena de bosque y jardines. Teniendo como centro una enorme y preciosa mansión de trescientos años de antigüedad, de planta baja y dos pisos, estilo neoclásico, asentada sobre una roca de granito extraordinariamente dura y tres enormes escalones de mármol blanco. Sobre el último de ellos, descansaban ocho enormes columnas estriadas, de estilo corintio, que sostenían un largo y precioso porche. Por dentro, teníamos más de mil doscientos metros cuadrados de superficie útil, y por la parte superior del edificio, una grandísima terraza con balaustrada artística.

En cincuenta años, nunca accedimos a que mis hermanos, incluyendo sus hijos y mujeres nos visitasen. Mi madre siempre respetó esta decisión. Toda una larga serie de desafectos, mentiras, desprecios y maltratos, durante mi infancia, adolescencia y juventud, me separó de estas ramas de mi familia biológica. A consecuencia de ello, pronto llegué a la conclusión, de que estos personajes no los quería tener en mi vida, ni en la de mi pareja y descendientes.

Así cuando querían ver a la madre que habían desahuciado, la enviábamos acompañada con Iris, a un hotel de Lyon, cerca de la frontera Suiza, para que pasasen un par de días allí. El propietario era amigo de Elena, con quien había hecho buenos negocios en el pasado, por tanto, enseguida nos tenía al tanto de cualquier cosa que aconteciese. Por supuesto que ellos tenían que pagarse su estancia, lo cual, por lo visto, siempre les molestó extraordinariamente. Y no porque les faltase el dinero.

De esta manera, una vez al año, cumplían con su cuota de amor maternal, para que nadie pudiese reprocharles lo contrario, de paso también intentaban sonsacarle información sobre nuestra casa, qué clase de negocios teníamos, de cuánto dinero disponíamos, etc. Aunque mi madre sabía muy poco de estos asuntos, porque no los comentábamos con ella. También solía ser muy discreta, a la hora de hablar con ellos de cualquier tema, no les daba demasiadas explicaciones, exceptuando ciertos detalles básicos, que no nos

importaba demasiado que supiesen. Para aquella gente era incomprensible entender las cosas que les explicaba, sobre nuestro elevado tren de vida, nuestra aparente juventud y el lugar paradisíaco que habitábamos. Sin embargo, aquel día estaban en camino y no podía prohibirles la entrada en la finca.

Mi madre, al ser consciente de su final, nos pidió como un último favor especial, que todo el proceso de funeral y cremación, lo realizásemos en nuestra finca, el lugar donde ella había encontrado la felicidad, y permitiésemos la llegada de sus otros hijos con sus familias respectivas. Aunque nos molestó su deseo, no se lo pudimos negar, incluso sabiendo que sin duda mis «parientes», también querrían aprovechar para fisgonear. Por suerte, al final se decidieron a venir sin mis «primas», eso reducía la molestia.

Siendo conscientes de todo ello, instalamos el féretro en la parte baja de la casa, en una sala de estar bastante grande, amueblada con cuadros de paisajes surrealistas, de estilo daliniano y cuatro cómodos sofás de diseño. Era el lugar donde muchos días, después de la comida del mediodía, nos reuníamos para comentar las novedades, y tomar decisiones sobre la casa o nuestros trabajos.

Situado cerca de ella, teníamos el comedor de doscientos cincuenta metros cuadrados, decorado con carísimos muebles, cuadros sofás y tapices de época, debidamente restaurados y comprados en subastas, con un coste bastante elevado. En mitad de

una de las paredes lucía una espléndida chimenea, con un sistema de cierre bastante seguro; que como es de suponer, en verano no necesitábamos para nada. En invierno sí que la encendíamos, pero además teníamos un sistema de calefacción central, que nos mantenía toda la vivienda a unos veintidós o veintitrés grados de temperatura, con lo cual podíamos estar en manga corta todo el año.

La mesa donde solíamos comer los días festivos, estaba compuesta por varios tipos de madera, con incrustaciones minerales de piedras semipreciosas, lo que le daba un aspecto muy sólido, colorido, absolutamente magnífico.

El suelo estaba cubierto de un bellísimo parquet, el cual combinaba artísticamente media docena de tonalidades. Del techo colgaban seis preciosas lámparas completamente artesanales de cristal de Murano, con colores variados, los cuales se reflejaban maravillosamente al encenderlas.

Rematando el conjunto, teníamos dos antiguos y magníficos pianos del siglo XIX, que solíamos tocar en las largas noches de invierno, mientras tomábamos alguna bebida alrededor del fuego.

También había una espaciosa cocina, muy moderna, donde nos era mucho más práctico comer entre semana, y dos baños completos, lo cual nos ahorraba subir a los nuestros de los dormitorios, en el primer piso.

La parte restante de la planta baja, estaba ocupada por otra de las maravillas de la mansión: unas majestuosas y anchas escaleras, de forma curva, adornada con unas preciosas mariposas, confeccionadas con hierro forjado; los peldaños de la misma lucían unos maravillosos mosaicos geométricos y una ancha barandilla de caoba remataba el conjunto, comunicando con los pisos de arriba. Esta pieza no era original de la casa. Elena sesenta años atrás, derribó la preexistente, que estaba en evidente mal estado y no tenía nada que la hiciese resaltar. La nueva estaba hecha a imagen y semejanza de otra similar, que había visto en un palacio parisino del siglo XIX.

Cuando cualquiera de las cuatro mujeres de la casa, bajaban por ella con un vestido largo, o de época clásica, sentía como si el tiempo retrocediese, y me trasladase a otras épocas. De hecho, mi mujer y su hermana tenían una diseñadora, a la que daban indicaciones claras, de cómo y con qué tipo de telas, tenía que confeccionar vestidos de la Antigüedad clásica, del Medievo, del Renacimiento, u otras épocas más recientes de los dos últimos siglos.

Raquel, así se llamaba aquella artista, se lo agradecía muchísimo. Pues a consecuencia de ello, le llovían los encargos para vestir actores de películas, particulares en bailes de disfraces, eventos sociales, etc.

Se había montado una tienda-taller en el centro de Zurich, donde empleaba a siete modistas/os, que la admiraban profundamente por sus excepcionales

conocimientos sobre el vestuario de época. Por tanto, era frecuente recibir regalos textiles de ella, lo cual complacía extraordinariamente a las mujeres de la familia. Estuvo muchas veces invitada a comer y pasar el fin de semana con nosotros; le encantaba nuestro hogar, nos apreciaba a todos. Creo que, si se lo hubiésemos propuesto, también habría venido a vivir con mi familia.

Añadida como obra nueva, en la parte de detrás de la finca, teníamos una magnífica piscina cubierta, de medidas olímpicas, la cual utilizábamos durante todo el año. El fondo y las paredes de la misma, estaban incrustadas de mosaicos, imitando escenas mitológicas clásicas.

La parte de la instalación que daba al jardín, estaba rematada por unas enormes cristaleras, esto nos proporcionaba suficiente luz natural durante todo el día. Las restantes paredes de la obra lucían maravillosamente, con unos ladrillos vidriados de diferentes colores, que formaban figuras semejantes a las esfinges egipcias, reflejando los rayos de un sol multicolor, de una manera absolutamente cautivadora.

En el primer piso de la casa, una gran puerta blindada bien acolchada, impedía el acceso a esta parte de la vivienda, sobre todo cuando los visitantes no eran gente de confianza, este supuesto, aquel día se cumplía perfectamente. Este espacio estaba ocupado por cinco dormitorios, cada cual con su

correspondiente lavabo adosado, camas grandes de metro y medio y paredes decoradas exquisitamente, con pinturas realizadas por Astrid y Elena, que recordaban su planeta natal.

Además, también disponíamos de un gimnasio, un laboratorio en el que solo entraban mi pareja y su hermana, y nuestra habitación de trabajo, con cuatro potentes ordenadores, y sus correspondientes pantallas de sesenta pulgadas, colgadas en las paredes. Desde allí realizábamos nuestras operaciones financieras, que eran nuestra principal fuente de ingresos, y nos permitían mantenernos.

Otra escalera más pequeña, pero igualmente preciosa, hecha exclusivamente de madera, trabajada artesanalmente, con multitud de flores esculpidas, conducía al segundo piso. Este estaba ocupado por un gigantesco desván, lleno de muebles antiguos, arcones, relojes, vestidos de época, disfraces, cuadros, esculturas y multitud de objetos de decoración. Se habían ido acumulando allí, durante los casi tres siglos de antigüedad de la finca y con toda seguridad haría las delicias de cualquier anticuario. Aquel espacio, debidamente controlado, también fue el rincón de juego preferido de nuestras hijas, durante su pubertad y adolescencia. Además, podría ser una fuente de ingresos en el futuro. Por esto procurábamos tenerlo lo más limpio posible, y que todo se conservase en buenas condiciones.

El tejado de la finca estaba ocupado por una enorme terraza, ligeramente inclinada hacia el porche de la entrada principal, en el suelo estaba dibujada con ladrillos esmaltados algo semejante a la letra griega omega, y por supuesto la salida de la chimenea del salón. Toda ella protegida por una fuerte balaustrada hecha con mortero, de metro y medio de alto, la cual combinaba diferentes figuras geométricas, en perfecto estado de conservación. Este espacio solo era accesible desde el desván, mediante una escalera desplegable y una gran trampilla, que también se cerraba desde el interior. Los anteriores propietarios de la finca, le habían instalado un sistema propio de calefacción, para que durante las nevadas de invierno su suelo pudiese deshacer las nieves, impidiendo que se acumulasen y tener humedades o un derrumbe. De esta manera, el agua de lluvia y la nieve deshecha, eran recogidas mediante unos canelones, hasta un gigantesco depósito subterráneo, al que iba conectada una bomba de agua. De ahí la extraíamos, cuando la necesitábamos para regar los jardines y limpiar los coches.

Desde la terraza se dominaba toda la extensión de la finca y las montañas vecinas. Las vistas eran impresionantes y preciosas en cualquier estación del año, pero la primavera y el otoño eran mis preferidas, por los colores que teñían el paisaje. A todos nosotros, incluida mi madre y el servicio, nos encantaba pasarnos un rato tomando refrescos, admirando aquella naturaleza bastante antrópica, pero no menos bella que la salvaje. Durante

el verano, a veces hacíamos baile al aire libre, invitando a algunos amigos. Aunque los cambios de tiempo, solían ser bastante repentinos, y alguna vez nos mojamos.

Desde que se compró la casa, construimos nuevas instalaciones, como la casa pequeña donde estuvo mi madre, Iris y Amparo. Una pista de tenis, un parking cerrado con cabida para cuatro coches eléctricos, también rehicimos y aislamos un viejo recinto cerrado, pegado a una de las paredes de la casa, donde su ubicaban dos grandes calderas de gasoil, necesarias para calentar las dos casas y la terraza durante las nevadas, la casita de verano de nuestro querido y estimado perro Bobi, otra más pequeña para unos gatos castrados, que también alimentábamos librándonos de molestos roedores y finalmente por petición expresa de la fallecida, un horno crematorio al lado del parking.

En el mantenimiento y limpieza de nuestra casa y las instalaciones exteriores colaborábamos todos. Pero la mayor parte del trabajo la hacían seis trabajadoras de una empresa especializada, que una vez por semana, bajo la supervisión de Amparo, Elena y Astrid, limpiaban siempre por orden descendente, de arriba abajo, salvo el laboratorio, que siempre permanecía cerrado.

Para mí todo esto tuvo un comienzo. Exactamente casi cincuenta años atrás. Seguramente, en el peor momento de mi vida. Mi pareja me conoció muy joven, estando sentado en un banco del centro de Balaguer, ciudad donde entonces vivían mis padres. Se acercó a mí y enseguida entendió todo lo que me pasaba, no

tuve que explicarle nada, me puso la mano en la frente y me sonrió.

Yo me quedé paralizado, nunca una mujer tan hermosa y deseable, que aparentaba tener solo unos pocos años más que yo, se había fijado en mí, y más en aquellos momentos en que estaba depresivo, flaco y ojeroso, como un perro abandonado. Otra cosa que me cautivó para siempre, fue el perfume que usaba, era tan absolutamente embriagador, que me hizo sentir como transportado a otra realidad. En aquel momento, tuve la impresión de que mi vida iba a dar un giro radical, y así fue.

Mi futura pareja, al menos entonces, era más alta que yo, morena de pelo largo, con unas facciones mediterráneas absolutamente perfectas, propias de una escultura griega clásica. No había ninguna arruga, peca o imperfección que pudiera corregirse, olía extraordinariamente bien, y se movía con un estilo propio de mujer con mucha clase. Sin embargo, no tenía nada de superficial, su intelecto, su adn y sus genes, no tenían rival en este mundo.

Para que confiase en ella, delante de mi asombro, me relató toda mi vida, incluso mis pensamientos más íntimos. De esta manera, me dijo que sabía perfectamente cuál era mi situación personal, laboral, y los malos tratos, desprecios y maledicencia, que había sufrido por parte de algunos miembros de mi familia.

También supo las durísimas condiciones en las que había vivido en Barcelona, de los dieciséis a los